

Cerrada a razón de todo

MEMORANDUM

DE

LAS BODAS DE PLATA DEL
ILLMO. Y RMO. SR.

Dr. D. José Ignacio Arciga,

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MICHOACÁN.

Obispo Ortíz, Sermón



BX4705

.A73

M4

C.1

GUERRERÍA—1892

Y LIBRERIA DE SAN IGNACIO,

Guerrero núm. 34.

de R. Miguel Hamilla.

943

BX4705

.A73

M4

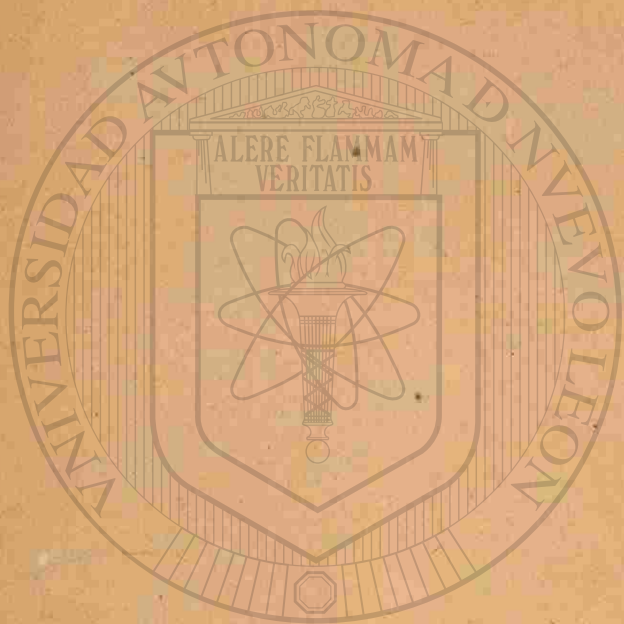
c.1

00

1943



1080026760



UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MEMORANDUM

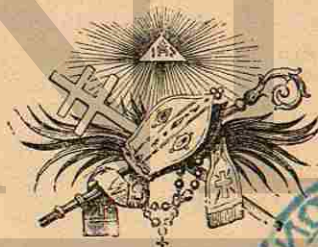
DE

LAS BODAS DE PLATA DEL

ILLMO. Y RMO. SR.

Dr. D. José Ignacio Arciga,

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MICHOACÁN.



MORELIA.—1892

IMPRESA Y LIBRERIA DE SAN IGNACIO,

Guerrero núm. 34



Capilla Alfonsina
Biblioteca

42009

Bx 4705

A 73

M 4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso

D·O·M
VI·ID·SEPTEMBRIS
ANNO·DOMINI·M·DCCC·XC·II

FASTI·MEMORES·AETERNABVNT
OMNIVM·QVE·SAECVLORVM·POSTERITAS
EXCIPIET

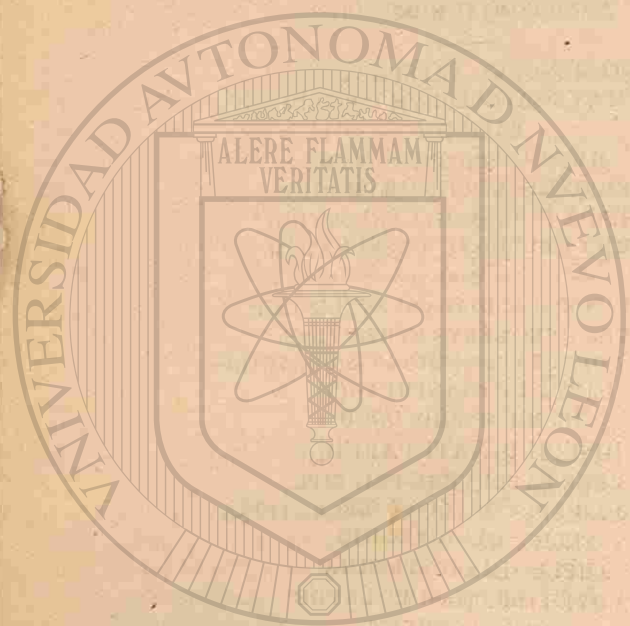
HVNC·AVSPICATISSIMVM
IDEM·QVE·SACRATISSIMVM·DIEM
EGREGIA·FIDE·SINGVLARI·STVDIO
SVMMA·RELIGIONE·CELEBRATVM
QVO

HVIVSCE·MECHOACANI·ECCLESIAE
VTER·QVE·CLERVS·ET·POPVLVS
INSOLITA·VOLVPTATE·GEMINATIS·PLAVSIBVS
LAETA·ET·VNANIMI·VOCE
ILLMO·AC·RMO·D·D·D
IOSEPH·IGNATIO·ARCIGA
VERE·PATRI·VERE·PRINCIPI
QVINTO·AB·EPISCOPALI·CONSECRATIONE
FELICI·QVINQVENNIO
AMPLISSIMA·IUSTISSIMA
EA·QVE·LIBENTISSIMA·LAVDE
CVMVLAVERVNT

HOCCE·EXIGVVM

INANE·PRORSVS·MONVMENTVM
PATRI·SVO·DOMINO·SVO
MAIOREM·IN·MODVM·DILECTISSIMO
OMNIA·FAVSTA·FORTVNATA·QVE
PEROPTANS
FELIX·M·MARTINETIVS·PRESBYTER
HVMILLIME·SACRAT

004843



CRONICA.

I

QUANTO nos ha parecido, antes de reseñar las Bodas de Plata, hacer una sucinta enumeración de las principales fechas en la vida del Illmo. y Rmo. Sr. Arciga, ya que, muy á nuestro pesar y por motivos que á nadie se ocultan, nos está vedado ser difusos en el desenvolvimiento de hechos y apreciaciones que descubrirían, ante todas las miradas, la grandeza de ánimo y la virtud, ciertamente apostólica, del venerable Pontífice de la Iglesia Michoacana.

II

Nació el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Arciga y Ruiz de Chávez, en la ciudad de Pátzcuaro, á 19 de Mayo de 1830. Fueron sus padres, el Sr. D. Pablo Arciga y la Sra. D.^{ca} Rafaela Ruiz de Chávez.

En su infancia, como aseguran testigos de aquella época, fué notable por sus rectas inclinaciones y prematura afición á las letras y al culto divino.

Adquirida la instrucción primaria, ingresó en 1843 al Colegio que en su Ciudad natal regenteaban por entonces los Pa-

dres Lazaristas. Adquirió allí los rudimentos de Gramática, siendo muy considerado y atendido de sus maestros.

Pasó á este Seminario de Morelia en principios del año de 1846, y hasta el de 1852, en el cual dejó de ser alumno, fué su carrera literaria una serie no interrumpida de triunfos escolares; siendo de notar que, fuera de los innumerables premios y continuos testimonios de la peculiar distinción de los superiores, que recibía con modestia no simulada, se hizo acreedor á que, aun siendo seglar, se le confirieran cargos delicadísimos y de suma trascendencia, reservados para darse solamente á sacerdotes ó eclesiásticos de reconocidas virtudes y merecimientos.

Obsequiando el llamamiento de Dios, fué iniciado en la Clerecía y recibió el Subdiaconado en 1852.

En 1853 fué Diácono y Sacerdote. Celebró por la primera vez el Santo Sacrificio del Altar, con grande consuelo de su alma, en el Templo de las Monjas Catarinas de Pátzcuaro, á 15 de Agosto de 1852.

En el mismo año sirvió la Clase de Matemáticas en este Colegio; la de Física de 1854 á 56, y las de Teología de 1856 á 59.

Las circunstancias políticas hicieron que, en este último año, se trasladase el Clerical á Celaya, donde permaneció hasta 1862. En este lapso de tiempo, el Sr. Arciga dió, como Rector y Profesor, abundantes pruebas de que había nacido para gobernar y para entender en la formación del Clero.

Nombrado en 1862 Cura de Guanajuato, importantísima Parroquia perteneciente entonces á Michoacán, desplegó ardiente celo por la gloria de Dios y la salud de las almas, y llevó á cabo obras verdaderamente grandes, así en la santificación de sus ovejas, como en el esplendor y magnificencia del culto divino. Dejó en aquellos lugares gratísimas memorias, y su palabra evangélica, que de antes le había dado renombre esclarecido, y, sobre todo, abundantes y sasonados frutos, dejó allí impresiones tan hondas, que aun perseveran para felicidad de muchos.

Se alejó de aquel campo, no sin recojer abundantísima cosecha, el año de 1865, para ingresar, en 1866, y y sólo por obedecer un Breve Pontificio, al Cabildo eclesiástico de esta Arquidiócesi, como Canónigo Magistral, con justísimo aplauso de los buenos.

Al punto de ingresar al coro, fué nombrado Rector de este Colegio, y escusado es decir que hasta el año de 1869, en que

dejó la dirección inmediata, el Establecimiento, glorioso de antaño, fué elevándose hasta tocar alturas de las que, ciertamente, hay pocos ejemplos en las páginas de nuestra historia.

El Illmo. y Rmo. Sr. Munguía, primer Arzobispo de esta Metrópoli, eximio por su virtud, energía apostólica y raras dotes intelectuales, tuvo mil veces ocasión de conocer á fondo el carácter así como la instrucción y esperiencia del entonces Sr. Canónigo Arciga, y lo propuso en Roma para que fuese nombrado Coadjutor en el gobierno de la Arquidiócesi. Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pío IX, en el Consistorio de 4 de Marzo de 1866, lo preconizó como Obispo *in partibus* de Legione y Auxiliar del Illmo. y Rmo. Sr. Munguía; mas, como el Sr. Arciga hubiese renunciado varias veces y con insistencia suma, la consagración episcopal no pudo celebrarse sino hasta el 8 de Septiembre de 1867; y se verificó en esta Santa Iglesia Metropolitana, siendo oficiante el Illmo. Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, primer Obispo de Zamora.

El año siguiente, (1868), debido al fallecimiento del Illmo. y Rmo. Sr. Munguía, fué preconizado por el Sumo Pontífice Pío IX, como segundo Arzobispo de Michoacán, en el consistorio de 21 de Diciembre. Tomó posesión á 4 de Marzo de 1868; y en el mismo año, el Illmo. Sr. Peña le impuso el Sacerdado Palio en la Parroquia de Purépero.

Muy presto tuvo el Illmo. y Rmo. Sr. Arciga que dejar por algunos meses la Metrópoli, para concurrir al Concilio Euménico del Vaticano; salió de Celaya con tal objeto, á 22 de Abril de 1870 y tuvo la gloria de ser Padre del mencionado Concilio.

De regreso á su Arquidiócesi, se consagró, con todo el celo y caridad de apostol, á sus amados feligreses; y son tales y de tanta magnitud los beneficios que Dios se ha dignado de dispensarnos por su medio, que, en verdad, se necesitarían muchos gruesos volúmenes para darlos á conocer. Veinticinco años en efecto, consumidos en holocausto continuo, sin dar tregua á las fatigas, cuando se tiene un corazón, modelado, como decimos en otro lugar de este opúsculo, según el corazón del Apostol de las Gentes y el del Patriarca de Loyola, llevar una mitra sobre las sienes, ¿no es emular con largos merecimientos á los Agustinos, á los Ambrosios y á los Carlos Borromeo?.....

Que los fieles de Michoacán así lo reconozcan, resulta plenamente demostrado de las grandiosas manifestaciones que se

vieron, así en esta Capital, como en las parroquias foráneas cuando se cumplían cinco lustros del gobierno fecundísimo y verdaderamente paternal, del Illmo. y Rmo. Sr. Arciega.

La peculiar nota de todas esas fiestas, nota que á veces ofuscaba á la material esplendidez, fué lo espontáneo, lo ingenio del amor que, brotando de los corazones, se traducía en todos los semblantes, y desplegaba su actividad en entusiasmo propio de hijos verdaderos. Sólo en el Catolicismo se producen estas cosas, y sólo en él pueden apreciarse; y, en verdad, solamente entre nosotros, la familia se extiende hasta convertirse en sociedad pública, sin perder por ello ese venerando y suavísimo perfume del hogar, que aquí, por el contrario, se torna más deleitoso y consolador, mezclándose con las apacibles brisas de los vergeles cultivados por Jesucristo.

En todas partes nos hallamos en familia: los obispos son nuestros padres, los fieles nuestros hermanos; y esta generación espiritual, más grande y más perfecta que la natural, fué sin disputa la fuente de las dulces emociones que en aquellos días experimentamos, todas puras y santas, como la luz que resplandece en el limpio mirar de la inocencia.

En el hondo sentir, la lengua enmudece y tropieza con muchos obstáculos la pluma; porque la fuerza humana se repliega en sí para no perder un ápice de dicha; y las ideas no se coordinan facilmente, ni, mucho menos, se encuentra la frase oportuna para traducir la situación del ánimo; por lo cual, ni entonces pudiémos, ni ahora seremos capaces de formar una crónica que no resulte fría y demasiado imperfecta

A las primeras horas del día 7 de Septiembre último, se reunieron, en el Salón del Trono del Palacio Arzobispal, los Illmos. Sres. Dr. D. Tomás Barón, Dr. y Mtro. D. Ignacio Montes de Oca y Dr. D. Rafael Camacho; el Venerable Cabildo, el Clero de la Arquidiócesis, el Profesorado católico y los delegados de las Asociaciones piadosas. Presidía el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo. Por cada una de las corporaciones mencionadas se dijo una alocución gratulatoria, breve y sentida. Jamás entraríamos en el análisis literario de tales piezas; fueron, á nuestros ojos, delicadísimas flores que deshojaban cariñosos hijos á las plantas de su padre; nacidas en el plantío de la

gratitud, santificadas por el amor, la crítica las profanaría la punto de tocarlas.

Habló el último el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo: las lágrimas que desde el principio de la recepción empezaron á correr de sus ojos, entrecortaban su frase, humilde y cariñosa, dándole acentos de inefable ternura. Las lágrimas siempre son algo en que se condensa el amor, y su mudo lenguaje tiene misterioso poder para llegar á lo más hondo del espíritu. Las que derramó nuestro Illmo. y Rmo. Prelado, caían ciertamente sobre nuestro corazón. Todos los ojos, arrasados, estaban fijos en él, y al concluir la alocución, el entusiasmo, realmente febril, hubiera estallado en exclamaciones ruidosas, si el respeto no lo hubiese contenido. Todos los circunstantes doblaron la rodilla y solicitaron la bendición episcopal: el venerable Pontífice cruzó las manos y pidió para sus hijos la de Dios.

Al descender las comisiones del piso alto de la Casa Arzobispal, se abrió la exposición de los obsequios, consistentes en vestiduras y utensilios sagrados, imágenes de talla y pintura, objetos para el uso doméstico, é innumerables cosas de más ó menos valor pecuniario, pero todas preciosísimas, considerándolas como pruebas y testimonios de sincero y filial cariño.

Al día siguiente, celebróse en la Santa Iglesia Metropolitana solemne Misa Pontifical: ostentábase nuestra Basílica adornada con graciosa sencillez: guirnaldas de flores y blancos cortinajes pendían de las anchas bóvedas; lucía el altar idénticas galas y multitud incontable de cirios, á la vez que completaban el ornato, daban pompa y solemnidad á la fiesta.

El Illmo. y Rmo. Sr. Arciega usó, en la celebración del Santo Sacrificio, el alba, regalo de la familia Sotomayor de Anganguero; la casulla, donada por el Colegio Teresiano de Santa María de Guadalupe; el báculo, obsequio del Illmo. Sr. Obispo de Querétaro, y el sillón, presente del Sr. Cura de la Piedad, Lic. D. Rómulo Betancourt y de sus feligreses. Fué esta ceremonia como el núcleo de la fiesta y resultó magnífica: la devoción y sumo recogimiento de los oficiantes, se reflejaron en el pueblo, que los vio conmovido y también, como ellos, devoto.

Entre lo que ejecutó el coro, nada, á nuestro entender, más profundamente sublime y conmovedor que el himno AVE MA-

RIS STELLA, que entonaron, con argentinas voces, los infantes de la Catedral. Cada una de sus inspiradas notas, guarda aun el acento resignado y melancólico con el que fueron por primera vez emitidas al despedirse de la Patria las Hermanas de la Caridad, ángeles de dicha y de consuelo que dejaron, en mil hogares, huecos que no llena aun la filantropía revolucionaria, y que fueron arrojadas lejos, muy lejos, sólo porque vinieron en nombre de Jesucristo..... En algún día, quizá no lejano, la verdad reinará sobre las inteligencias y los corazones, y ese AVE MARIS STELLA, que hoy nos parece la voz del dolor que gime y de la caridad que perdona, será el himno de la regeneración de México y el TE DEUM de la gratitud, elevado por la generación venidera, á Jesucristo, rey verdadero y absoluto señor de todos los que gobiernan y dominan sobre el haz de este mundo, grande solamente, porque sobre él corrió la inmaculada sangre del Cordero!.....

El Sr. Canónigo Lic. D. Jesús Ortiz, designado para substituir al Illmo. Sr. Dr. D. José M. Cázares y Martínez, Obispo de Zamora, á quien se había encomendado el sermón, pronunció el que adelante publicamos. Los lectores de este opúsculo leerán con verdadera fruición esa inimitable pieza literaria que, así por lo difícil é inusitado de las circunstancias, como por la desembarazada maestría del orador, tan humilde y modesto como instruido é inteligente, realizó las raras dotes que lo hacen merecedor no sólo para ocupar los altos puestos que tiene, sino también para desempeñar dignamente otros más eximios. Al expresarnos así, no sólo dejamos hablar á una gratitud, profunda é imperecedera en nuestro pecho, sino que nos constituimos también intérpretes de esta culta sociedad, que estima y respeta al Sr. Ortiz, como sacerdote, como superior eclesiástico, como sabio y como amigo verdadero.

VI

Al fin de todo, una ceremonia, en alto grado significativa y adecuada, se verificó en la Santa Iglesia Catedral; la bendición de la primera piedra del grandioso Templo al Sagrado Corazón de Jesús, que ha de levantarse con los donativos de todos los fieles de la Arquidiócesis. Ofició el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, asistido de los Illmos. Sres. Obispos que mencionamos arriba.

Terminada la bendición, nuestro Illmo. y Rmo. Prelado di-

rigió brevemente la palabra á los circunstantes, manifestando que su mayor deseo, es ver concluido ese Templo, fuente de beneficios y bendiciones para Michoacán; pero que sólo Dios sabe lo que vendrá después, porque en sus manos tiene la vida, y puede enviar la muerte tan pronto como le plazca; que ignorando el Illmo. y Rmo. Señor, cual haya de ser su último día, quiso dejar, de algún modo, comenzada esa obra magnífica por todo extremo.

Esa piedra, por otra parte, bendecida por el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, en ocasión tan solemne y ante concurso tan numeroso de clérigos y fieles, será, digámoslo así, como la escritura de compromiso por la que Michoacán se obliga á cumplir lo prometido al Sagrado Corazón de Jesús; permanecerá depositada en nuestra Basílica hasta que brille el día, para todos deseado, en el que se dé principio á la construcción del Templo.

VII

En el mismo día celebróse en este Seminario una velada literario-musical, bajo el programa siguiente:

- 1.º Obertura de Aubert, por la Orquesta de Santa Cecilia.
- 2.º Allocución por el Sr. Pbro. D. Juan N. Oviedo, Vicerrector del Colegio.
- 3.º Romanza *Spiritu Gentil* [de *Favorita*,] cantada por el alumno D. Francisco Martínez Flores.
- 4.º Disertación teológica por el Sr. Catedrático de Teología Dogmática, Pbro. D. Joaquín Sáenz.
- 5.º Fantasia sobre la Opera *Un Ballo in Maschera* ejecutada en violín por el alumno D. Eduardo Ortiz.
- 6.º Disertación jurídica por el Sr. Catedrático de Derecho Natural, Lic. D. Alberto Bravo.
- 7.º Duetto *Voglio dire*, de la Opera *Elisir d'amore*, cantado por el Sr. D. Ricardo Silva y el alumno D. Francisco Martínez Flores.
- 8.º Poesía por el Sr. Profesor de Idioma Español, Pbro. D. Francisco Banegas Galván.
- 9.º *Reveil du Lion* por Contski, ejecutado en piano por el Sr. Lic. D. Juan B. Pualfu.
- 10.º Disertación filosófica por el Sr. Catedrático de 3er. Curso de Filosofía, Pbro. D. José López Ortega.

11.^o *Eri tu che me chiavi* de la Opera *Un Ballo in Maschera*, cantado por el joven D. Manuel Alejandro.

12.^o Sonetos por el Sr. Profesor de 2.^o y 3er. Curso de Latinitad y Retórica, Pbro. D. Félix M. Martínez.

13.^o Himno al Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, composición y letra del Sr. Profesor de Piano y Canto, Lic. D. Ramón Martínez Avilés.

El segundo patio del Colegio, tapizado con heno silvestre y revestido de colgaduras blancas y rojas, á pesar de sus grandes dimensiones, apenas pudo contener numerosísima concurrencia. El Sr. Gobernador D. Aristeo Mercado, que se dignó de asistir á la velada, ocupó el sillón presidencial, rodeado del Illmo y Rmo. Sr. Arzobispo y de los Illmos. Sres. Obispos mencionados.

Al ver allí reunidos representantes de los dos poderes que nos rigen, ambos con autoridad derivada de Dios, pensamos que, si la asistencia del Sr. Mercado, debida sólo á caballerosa y personal cortesia, hubiese sido lo que en época más feliz para la Patria, no existieran ya muchos de nuestros males y los otros no serían tan amargos. ¡Quiera Dios inclinarse misericordiosamente á las súplicas que por medio de Nuestra Madre de Guadalupe le dirigimos, para que presto cese el divorcio que se ha querido introducir entre ambas potestades, que produce, (como lo atestiguan de consuno la experiencia, la razón y la historia), al principio, la decadencia y después, en plazo muy corto, la ruina de los gobiernos que rechazan el suave yugo de Jesucristo!

No sería decorosa en nuestra pluma alguna frase de elogio para las diversas composiciones que se dijeron aquella noche solemnísimas; sólo apuntaremos que, fuera del programa, y á ruego del Superior inmediato del Colegio, el Sr. Canónigo Lic. D. Lorenzo Olaciregui, leyó una alocución, galana y erudita, * que nos creemos excusados de loar, porque su mejor encomio es el nombre de quien la pronunció, respetadísimo en todas partes y reputado, no solamente como jurisconsulto de suma perspicacia, avezado al manejo de los negocios, conocedor profundo de la sociedad y de los personajes que juegan en nuestra historia contemporánea, sino también como orador de alto vuelo y elegante decir, dotes todas que, unidas á su probada virtud como sacer-

(*). No engalanamos con ella estas páginas, ni con algunas de las disertaciones que se pronunciaron en la velada, porque no pudimos logar los originales.

dote ejemplar, lo hacen apreciable y querido de cuantos le conocen

La noche siguiente se verificó en el mismo Colegio otra reunión semejante, organizada por los alumnos y presidida por el Illmo. y Rmo. Sr. Arcega, acompañado de los Illmos. Sres. Obispos, Dres. D. Tomás Barón y D. Rafael Camacho. Incontable fué la concurrencia, y se observó fielmente el programa que sigue:

- 1.^o Obertura de *La Hija del Regimiento*, por la Orquesta de Santa Cecilia.
- 2.^o Lectura de las felicitaciones de las Clases.
- 3.^o Poutpourri de la ópera *Traviata*.
- 4.^o Representación del drama intitulado *La Expiación*, en tres actos y en prosa.

PERSONAJES:

ACTORES

Roberto de Lusigny	D. Luis Méndez.
Loredano, (cruzado)	D. Ireneo Ortiz.
Gerardo, "	D. Enrique Tamayo.
El Conde de Flavy	D. Francisco Gaitán.
Rinaldi	D. Manuel Vargas Cuido.
Beppo (soldado)	D. Felipe Tena.
Un tabernero	D. Luis Madrigal.
Un paje	D. Salvador Ortiz Torres.

Acompañamiento de campesinos y soldados.

En los entreactos, cantarán el Señor D. Francisco Martínez Cabrera *Te vorrei rapire*, romanza de Gastaldon y el Señor D. Ricardo Silva una aria de *Lucrecia*, y se tocará un poutpourri de la ópera *Fausto*.

5.^o Representación de un Jugnete cómico escrito para esta solemnidad.

6.^o Himno al Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, letra del Sr. Pbro. D. Félix M. Martínez, música del Sr. Prof. D. José M. Franco.

El 10 del corriente, por la noche, tuvo lugar en el Colegio Teresiano de Santa María de Guadalupe otra reunión, en la que se pronunciaron graciosas composiciones en prosa y verso y se representaron algunos juguetes teatrales. Concurrió nues-

XIV
tro Illmo. y Rmo. Prelado, con los Illmos. Sres. Barón y Camacho.

La parte literaria, la musical y el ornato mismo del salón, fueron cosas ordenadas y correctas; se percibía esa noche en el renombrado Colegio, ese perfume de candor y peculiar encanto que sólo la mujer cristiana sabe derramar en sus obras.

IX
El día 12 se dirigió el Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo, en tren especial y en compañía de los Illmos. Sres. Obispos de León y Querétaro, así como de incontable multitud, á la histórica ciudad de Pátzcuaro, para pontificar en la Parroquia y asistir á las manifestaciones que con cariñoso afán le preparaban sus coterráneos.

La corta extensión de estos apuntes no nos permite descender á pormenores: mas hemos de decir que el celoso y activo Sr. Cura Parroco del lugar, Lic. D. Ignacio M. Torres, ordenó y dirigió de la manera más tierna, oportuna y artística, el rebotante entusiasmo de sus feligreses, que se manifestó de mil modos, siendo de recordar señaladamente, la magnífica función en la Parroquial, la tierna y conmovedora homilía del Sr. Cura Torres, el riquísimo ornato é iluminación general de las calles y las regatas en el pintoresco Lago.

X
Séanos permitido, para concluir, apuntar las siguientes reflexiones:

En apariencia y considerándolo poco, se creería que se amortiguan paulatinamente los nobles sentimientos que nuestra Religión inspira; mas ocultarse no es fenecer; y en circunstancias como las presentes, lo celado brilla con fulgor vivísimo que hiere todas las miradas.

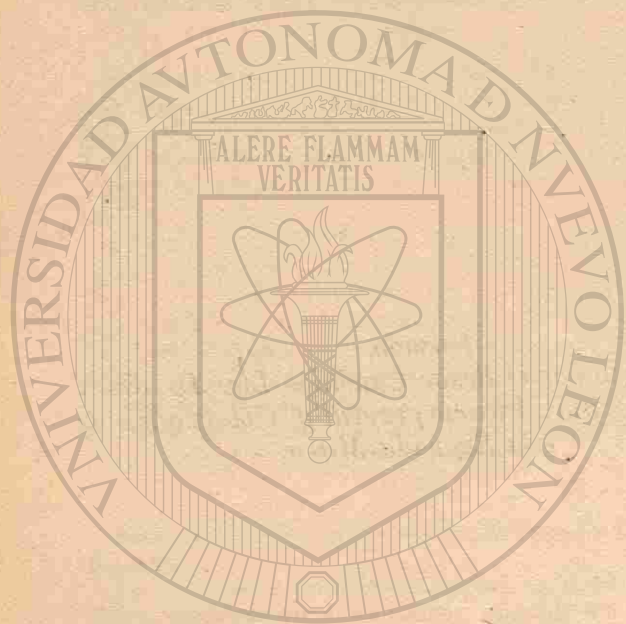
Pensando sobre todo esto, se ve también que el Catolicismo no es antigualla de pasadas centurias, ni sistema sombrío, abrigado por mentes histéricas y corazones apocados, sino engendrador y consumidor de grandes obras en todos los tiempos y naciones, fuente de sabiduría, de literatura, de arte, y por ende, de actividad prodigiosa y entusiasmo sin medida.

Seminario de Morelia, á 26 de Septiembre de 1892.

Pbro. FÉLIX M. MARTÍNEZ.

Tomada según

*Sermón
pronunciado por el Señor Canónigo Lic. D. Jesús
Ortiz, Provisor, Vicario general y Gobernador de
esta Sagrada Mitra.*



Sic, nos existimet homo ut ministros
Christi et dispensatores mysteriorum Dei.
1 Cor. IV. 1.

Vosotros, pues, nos debéis considerar
solamente como ministros de Jesucristo
á quienes él ha dado al gobierno de vues-
tras almas, y nos ha encargado os de-
claremos sus misterios. *Loc. cit.*

ILLMOS. SEÑORES:



Al conmemorar el fausto acontecimiento de vuestra con-
sagración episcopal, esta Santa Iglesia, con solicitud
mayor que en años anteriores, ha hecho pública y so-
lemnísima manifestación de su gratitud á la Bondad Divina
porque ha querido, para bien de todos y en plena salud, prolou-
gar vuestros días hasta el presente. Muy contados son los Pas-
tores que llegan al 25^o año de su Pontificado: es ley común
en la Iglesia de Dios que unos sean los que siembran la semilla
y otros los que recogen los beneficios de la cosecha, á fin de
que todos tengan su parte en el cultivo de la Viña del Señor,
y nadie se glorie en el éxito definitivo que no le pertenece.

Pero vos, Illmo. Señor, habeis alcanzado del cielo la singular
gracia de ver como crecen y maduran al calor de vuestra soli-

cidad paternal, los frutos de vuestros primeros trabajos apostólicos. ¡Cuántos en efecto, de aquellos que en las aulas tuvieron la dicha de recibir de vuestros labios las primeras semillas de la verdad y del bien, se sientan hoy en los puestos más culminantes de la sociedad y son ornamento de la familia, de la Religión y de la Patria! Cuántos otros, verdaderamente innumerables, rescatados por vos de la esclavitud del pecado, bendecirán en estos momentos vuestro nombre al recordar aquellos primeros días de vuestro Pontificado, cuando, á semejanza del Divino Sembrador, saltáis por todos los vientos esparciendo la simiente de la palabra evangélica sobre multitudes anhelantes de escuchar y ver de cerca al enviado del Señor! ¡Cuántos en fin, de aquellos otros que recibieron de vuestras manos la corona del Sacerdocio, se sientan hoy en derredor vuestro y tienen á honra ser los cooperadores humildes de vuestro santo ministerio!

Con razón pues, la Iglesia de Michoacán, unida á vos por indisolubles vínculos, se regocija de inusitada manera y envía al cielo en himnos de acción de gracias, la expresión de su profunda gratitud.

Cuando yo os contemplo, Ilmo. Señor, en estos momentos de santa y universal alegría, rodeado de venerables sacerdotes y de la multitud de los fieles que han venido de los confines de la Arquidiócesis para haceros presentes sus sentimientos de congratulación; cuando, traspasando los límites del recinto sagrado, con los ojos de la consideración, contemplo aquella otra innumerable multitud de los que no han podido venir, pero que, unidos en el mismo pensamiento, se congregan bajo las bóvedas de sus templos para bendecir á Dios juntamente con nosotros; cuando yo medito en la significación que tienen estas manifestaciones espontáneas del amor de un pueblo á su legítimo Pastor, vienen naturalmente á mi memoria, en su más alto sentido, las bendiciones del Rey Profeta prometidas á los que temen al Señor y anduvieron siempre por el camino de sus mandamientos: "El Señor bendecirá sus trabajos y gustarán sus frutos. Verán á sus hijos en gran número sentados en derredor de su mesa, semejantes á los tiernos y delicados renuevos de las olivas." (*Salmo 127*). Tales son las bendiciones que el Señor derrama sobre aquellos que le temen.

Cuando años atrás, postrado delante de ese mismo altar, recibáis de mano del obispo consagrante, el anillo pastoral que es símbolo de vuestra unión con la Esposa inmaculada de Cris-

to, el Espíritu Santo, que es fuente inagotable de vida, os dió con la plenitud del sacerdocio, el don de la paternidad sobre este pueblo congregado ahora en derredor vuestro. Hijos vuestros somos todos los presentes y todos aquellos que de lejos están unidos con nosotros en el mismo pensamiento: hijos venidos no de la carne y de la sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Vengo, pues, en nombre de mis hermanos, no á ensalzar vuestras virtudes, ni menos aún á erigirme en juez de vuestros méritos. Día vendrá en que los hombres sepan por voz más autorizada que la mía, cual es la suma de sacrificios y virtudes que presuponen los veinticinco años de servicios prestados á la causa de Dios y de su Iglesia. Vengo sencillamente como el hijo adicto que lleva la voz de sus hermanos en la gran fiesta del padre de familia; mi voz será la expresión de los sentimientos de sumisión filial y profunda veneración que nos inspira la altísima dignidad de aquel que, de un modo ó de otro, nos ha engendrado á todos á la vida de la gracia.

Y esta solemnidad que para nosotros es en realidad de verdad una fiesta de familia, tiene bajo otro aspecto significado más alto, si se la considera como manifestación pública de la fé y de la vida interior que nos anima. Muchos siglos ha que la institución del Episcopado, fiel á la misión que recibiera del cielo, derrama la luz y el consuelo sobre las naciones, y las naciones sin embargo, no la conocen todavía. Semejantes al Divino Maestro, los obispos han pasado haciendo el bien sobre la tierra, á la vez que recogen los amargos frutos de la ingratitud, y cuando la historia incorruptible pone delante de los ojos los servicios prestados por los obispos á lo que hoy se llama la causa de la civilización y del progreso, todavía el mundo ingrato, ya que no puede negar los beneficios recibidos, se obstina en desconocer y maldecir la fuente de donde proceden. Séanos, pues, permitido, en la ocasión presente, decir al mundo lo que es un obispo, no ya en orden á los bienes materiales que prodiga por añadidura, sino en orden á los bienes espirituales que son los verdaderos y los únicos que el orín y la polilla no consume.

AVE MARÍA. ®

Con motivo de las disensiones ocurridas entre los fieles de la Iglesia de Corinto, sobre la excelencia y superioridad de sus respectivos pastores, el Apóstol San Pablo fijó para siempre

los títulos de la verdadera grandeza del Episcopado: "si el mundo quiere estimarnos en lo que verdaderamente valemos, que nos considere como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios divinos. *Sic nos existimet homo.*" Magnífica prerrogativa, exclama aquí un Santo Padre: dignidad angélica, ó más bien, divina, aquella que consiste en ser los cooperadores de Dios en el gobierno de las almas y tener en sí un principio de operación común con la Divinidad!" (S. Dionisio, *De Angel. Hier.*)

No quiere el Apóstol que el pueblo estime á sus pastores por el talento, ni por la elocuencia de la palabra ó por la sabiduría humana, sino primera y principalmente por la fidelidad en la distribución de los dones que Dios puso en sus manos. *Hic iam quaeritur inter dispensatores ut fidelis quis inveniatur.* "Lo que se requiere entre los dispensadores es, que sean hallados fieles en su ministerio."

Es, pues, el Obispo, el siervo fiel á quien Dios encomendó el gobierno de su familia, para dar á cada cual el alimento oportuno, según sus necesidades.

En su calidad de dispensador de los dones celestiales, el Obispo está colocado entre Dios y los hombres y es como el vínculo de unión entre el cielo y la tierra. A semejanza de Aquel á quien representa, que reúne en la unidad de su persona, sin confundirse, las dos naturalezas, divina y humana, el Obispo reúne en sí al caracter sagrado del sumo sacerdocio, el oficio del pastor humilde que lleva sobre sus espaldas á la oveja fatigada, ó del siervo fiel que alimenta sobre sus rodillas á los hijos pequeños de la casa á quien sirve. Por su altísima dignidad y la suma de poderes sobrenaturales de que está investido, es el hombre de Dios, el representante más genuino de la Divinidad, á quien debemos entera obediencia: por los ministerios de caridad que ejerce cerca de nosotros, es, según expresión feliz, no menos aplicable al Papa que al Obispo, el siervo de los siervos de Dios, á quien debemos amor y gratitud sin límites.

Permitid, pues, Illmo. Señor, que bajo este doble aspecto considere hoy la dignidad episcopal, á fin de que el mundo sepa de una vez cuales son los fundamentos de la obediencia filial y de la respetuosa adhesión que os profesan vuestros diocesanos.

Para nosotros, los que hemos sido iluminados con la luz de la fé, es la autoridad atribución sagrada, porque sabemos que,

donde quiera que exista, ha de llevar el sello divino de su origen. *Non est potestas nisi a Deo.* Toda potestad viene de Dios, y los que la ejercen son ministros y representantes suyos, para procurar el bien de sus hermanos.

Es además la autoridad don natural, el primero de todos que las sociedades reciben según las leyes ordinarias de la Providencia Divina. Pero tanto el derecho de mandar, como la obligación correlativa de obedecer, se limitan necesariamente por el fin social, que sólo tiene carácter de tal en sentido puramente relativo. Por esta razón, la autoridad civil que es la más noble y la más extensa de las autoridades humanas, reduce sin embargo su acción á un círculo muy limitado de la actividad humana, y vive y se sostiene bajo la influencia de las causas segundas que tienen parte muy principal, así en la designación de la persona que ha de ejercer sus elevadas funciones, como en la extensión de sus fronteras y en la organización política de su acción. Jamás, en el rigor de los principios, el ejercicio del poder estuvo indisolublemente unido á persona ó familia determinada, y bien pudiera ser, sin agravio de la justicia, que el trascurso de los tiempos ó las exigencias ineludibles del bien común, trasladaran á otras manos los títulos de la legalidad.

La autoridad es, pues, en lo humano, don ciertamente divino, pero limitado, dependiente de la acción, no siempre recta de las causas segundas, y nunca inherente á persona determinada.

En la Iglesia de Dios, la autoridad y la obediencia se rigen por principios totalmente diferentes. Es la Iglesia sociedad excepcional bajo cualquier aspecto que se la considere: no hay para ella fronteras ni en el tiempo ni en el espacio, ni hombre alguno que no tenga cabida dentro de su seno. Su celo por la salvación de las almas se extiende á todos los siglos, trasciende los límites de lo perecedero y sólo encontrará reposo en la eternidad, cuando se hubiere cumplido el número de los escogidos. La autoridad que la rige, tan vasta como élla, viene, por singular manera, directamente de Dios, ó mejor dicho, es Dios mismo quien la rige, no por simple delegación, expuesta á las contingencias de la ignorancia y de la malicia, sino mediante la asistencia de su Espíritu, formalmente prometida á sus vicarios. Las causas segundas que tan poderosa y decisiva influencia tienen en las sociedades puramente humanas para limitar el poder ó modificar su acción, son radicalmente

impotentes, no digo ya para limitar ó extender la autoridad eclesiástica, ni siquiera para modificar en un ápice las formas ordinarias de su trasmisión.

Jamás la consagración de un Obispo podrá hacerse en forma diferente de aquella que para siempre fijó nuestro Señor Jesucristo: ni siquiera es posible que el poder adquirido por virtud de la consagración, se pierda alguna vez, sean las que fueren las exigencias del bien común ó las circunstancias excepcionales en que la Iglesia se encuentre. Dios selló con su mano las bases de la constitución divina de la Iglesia, y no hay poder que se atreva á tocar la obra por excelencia de su sabiduría; quiso dejar para siempre expeditas y libres de todo peligro las vías de comunicación con el hombre, y por esta razón, los que en la Iglesia ejercen el poder, reciben juntamente con él, una consagración especial, que es como cualidad inherente á la persona, signo indeleble que Dios imprime en sus almas, virtud divina que les distinguirá del común de los fieles por toda la eternidad, para gloria de unos y confusión de los otros, según el uso que hubieren hecho de ella mientras vivieron en el mundo.

Y así como la Iglesia carece de fronteras que limiten la extensión de sus conquistas y su duración en el tiempo, así también, su fin, que es el fin último del hombre, trasciende necesariamente á todas las esferas de la actividad humana. El fin de la Iglesia, y por consiguiente de la autoridad que la gobierna, es la salvación eterna del hombre, mediante la unión con Cristo. Y como no hay fin alguno de aquellos que perseguimos aquí en la tierra, que no esté en relaciones necesarias de conveniencia ó repugnancia con el fin último que á todos los abraza, no hay tampoco acción alguna, verdaderamente humana, que se substraiga á la jurisdicción de la Iglesia.

La ciencia y la política que se comparten el dominio del mundo, por más que otra cosa diga la razón soberbia, no están exentas de la autoridad eclesiástica, quien, en última instancia y con infalible criterio, resuelve sobre la moralidad de las conclusiones de la una y de los principios que norman la acción de la otra en el gobierno de los pueblos. Como lo temporal se subordina á lo eterno, como el cuerpo vive bajo la dirección del espíritu, como lo humano depende de lo divino, así el hombre, individual y colectivamente considerado, dependerá siempre, por deducciones ineludibles, de aquel poder soberano que extiende su dominio á todas las relaciones necesas-

rias de la acción humana con el fin último. Y de tal manera se impone la verdad de estos principios, que los hombres consecuentes, para negar la obediencia á la Iglesia, se ven precisados á comenzar por la negación de Dios ó la negación de la historia. Sólo el ateísmo ó el escepticismo podían desconocer la subordinación necesaria del orden natural al orden sobrenatural.

Las consideraciones generales hasta aquí expuestas, son suficientes para ver claramente cual es la superioridad de un poder respecto del otro; pero no bastan todavía para formar cabal concepto sobre la excelencia y nobleza del poder que rige á la Iglesia. Es necesario penetrar más allá en las profundidades del misterio, y considerar más de cerca, cuanto la fé lo permite, los designios de Dios en la realización de su grande obra.

Hacer de todos los hombres de buena voluntad un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor, reunirlos por los vínculos del amor en un solo cuerpo animado por el mismo Espíritu: tales son los designios de Dios en la fundación de su Iglesia. "Ruego que todos sean una misma cosa, decía Nuestro Señor Jesucristo en la afectuosa oración que dirigió á su Padre en la víspera de su muerte, "y como tú ¡oh Padre! estás en mí y yo "en tí por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma "cosa en nosotros por unión de amor: yo estoy en ellos y tú "estás siempre en mí, á fin de que sean consumados en la unidad." (S. Juan, Cap. XIII, v. 21. y 23).

Cristo, Señor Nuestro, fué dado al mundo como vínculo necesario de unión con el cielo y como prenda sacratísima del amor que Dios nos tuvo desde el principio. *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*" Porque de tal manera amó Dios al mundo, que no paró hasta darle á su Hijo Unigénito." (S. Juan, Cap. XIII, v. 16).

Para que el don divino venido del cielo, Cristo Señor Nuestro, fuese comunicable, era indispensable que se adaptara á la doble naturaleza espiritual y corporal del hombre. Si el Hijo de Dios, invisible é incommunicable de por sí, hubiera descendido solamente al corazón sin afectar la forma sensible, el don divino habría pasado quizá desapercibido para el hombre y nunca le hubiera debidamente agradecido; porque estamos de tal manera constituidos, que no podemos ascender al conocimiento y amor de las cosas invisibles, sino mediante el conocimiento cierto de las cosas visibles.

Hé aquí, pues, la razón fundamental porque el Hijo de Dios,

al darse al mundo, se hizo, en primer lugar, corporalmente visible y apareció en medio de los hombres lleno de gracia y de verdad, cual convenía al Unigénito del Padre. Pero esta forma corporal era todavía insuficiente para la total realización de los designios de Dios: el don divino, destinado á ser vínculo de unión entre el cielo y la tierra, no era patrimonio exclusivo del pueblo judío ni de generación determinada: Cristo es la herencia común de los siglos y de las naciones. La encarnación del Hijo de Dios en el seno virginal de María, era sin duda el principio necesario del gran misterio; su encarnación mística y espiritual en el corazón de todos los hombres, será su perfecta consumación en el tiempo.

Para que el género humano entrara en posesión efectiva de su herencia, era pues necesario, en segundo lugar, que Cristo, después de su ascensión gloriosa á los cielos, continuara dándose al mundo bajo una forma nueva, de naturaleza tal, que cada siglo y cada generación y aun cada hombre en particular, pudieran con verdad decir que habían escuchado de sus divinos labios las enseñanzas celestiales, recibido de su mano el tesoro infinito de sus gracias y besado aquellos pies adorables que la Magdalena bañara con sus lágrimas.

Necesitábase un órgano de comunicación tan extenso que llenara la tierra sin menoscabo de su integridad, permanente y á la vez acomodada á las necesidades de los tiempos, humano, y sin embargo incorruptible; un órgano de comunicación tan visible y de tan fácil acceso, que estuviera al alcance de las más rudas inteligencias, y al mismo tiempo tan elevado y tan propio de Dios, que nunca la malicia pudiera falsificarle.

Dios pensó entonces en la forma colectiva, admirablemente acomodada á sus designios: formó una sociedad visible y permanente, á la vez divina y humana, que se renueva incesantemente en sus miembros, sin dejar por eso de ser igual á sí misma; ocultó la Divinidad de Cristo y las virtudes maravillosas de su santa Humanidad bajo la forma sensible de los sacramentos; y como ninguna sociedad existe sin autoridad que la gobierne, sobre el cimiento inamovible de Pedro, fundó también un apostolado perpetuo, inspirado por su Espíritu, con poderes iguales á los que Cristo tuvo sobre la tierra y con la misión especial de llevar el don divino como alimento de vida eterna á todos los siglos y á todos los hombres. *Todo poder me ha sido dado en los cielos y en la tierra: como mi Padre me envió, así os envío yo á vosotros. Yo mismo estaré con*

vosotros hasta la consumación de los siglos. La unión con Pedro y los apóstoles será en adelante el signo cierto de la unión con Cristo: *el que á vosotros oye á mí me oye, el que á vosotros desprecia á mí me desprecia.* Los apóstoles serán los doctores del género humano: *docete omnes gentes*; los árbitros de la vida y de la muerte: *quorum remiseritis peccata*; luz del mundo, sal de la tierra, siervos fieles á quienes Dios encomendó el cuidado de la familia que á costa de su sangre se formó en la tierra.

Los apóstoles y sus inmediatos sucesores no tuvieron asiento fijo en los primeros días: el mundo entero era objeto de su celo; pero cuando la Iglesia hubo consolidado sus victorias y entrado en posesión relativamente pacífica de sus conquistas, para que las ovejas no vagaran sin rumbo fijo, al impulso de todo viento de doctrina; el primer Pastor deslindó las diferentes porciones del rebaño, y cada una tuvo en el Obispo su pastor propio, que es á la vez vínculo de unidad y dispensador inmediato de los dones celestiales. De esta suerte, traspasando primero los linderos de la Judea, atravesando los montes y los lejanos mares, dilatándose en seguida por toda la duración de los siglos, Cristo, oculto bajo la forma de los sacramentos y llevado por el ministerio de sus apóstoles que viven en sus sucesores, ha podido llegar hasta nosotros, nacer de nuevo en nuestros corazones, vivir y crecer allí por inefable manera, hasta consumir en cada uno, cuanto es posible sobre la tierra, el misterio de unidad con su Padre celestial.

Con razón, pues, nosotros, los hijos fieles de la Iglesia, estimamos como el primero de los deberes, el vivir bajo la obediencia del pastor que Dios nos ha dado para consumir en nuestras almas la unión con Cristo; y no se rebaja, antes se enaltece nuestra dignidad, cuando libremente, y sin mezcla de interés mezquino, le tributamos los homenajes de veneración y respeto debidos á su alta representación, como no se rebaja, antes se enaltece la dignidad del hombre, cuando se inclina reverente ante la majestad de la razón y de la justicia.

En el obispo, unido á la Cátedra de Pedro, vemos, nosotros los creyentes, al hombre de Dios que perpetúa la presencia de Cristo sobre la tierra: cuando habla como doctor, sus enseñanzas son el eco de la voz de Cristo, que llega hasta nosotros para mostrarnos los caminos seguros de la salvación; cuando manda ó castiga con la vara de la justicia que lleva en la mano, sus mandamientos y sus sentencias son la corrección cari-

tativa que nos purifica de las miserias de este mundo, para que Cristo viva y crezca en nosotros; cuando aconseja ó amonesta, sus consejos son regla de perfección que consume en nosotros el misterio de la unión con Cristo. Ilumina, purifica y perfecciona, como dispensador y cooperador de Dios en los beneficios de la Redención; y aunque estos ministerios son en parte propios también del sacerdote, al Obispo le corresponden de preferencia y de un modo más excelente, puesto que es maestro, guía y pastor, lo mismo de los fieles que de los sacerdotes y demás eclesiásticos que viven bajo de su jurisdicción.

Tales son los títulos en que se funda la obediencia y veneración que profesamos, no al hombre, sino á la altísima dignidad que representa. Ved aquí porque la humildad de nuestros pastores nunca rehusa, antes exige con laudable celo, estos homenajes de respeto, tan torpemente calificados por la malicia de aquellos que nos quieren mal. *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* "No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre dá toda la gloria." Al Rey de los siglos, al Rey inmortal é invisible, á Dios solo corresponde toda gloria y honor en los siglos de los siglos. *Regi saeculorum immortalis et invisibilis, etc.*

A Dios toda la gloria, porque es de justicia, puesto que Él es la fuente de todo mérito; á nosotros el perdón y la gracia que incesantemente demanda nuestra miseria. Para Dios la gloria, y para sus fieles servidores las fatigas de un trabajo incesante, las humillaciones y las amargas secretas, las decepciones y los temores de la responsabilidad que pesa sobre los que tienen el gobierno de las almas con obligación de dar cuenta de ellas ante el tribunal de la Divina Justicia: responsabilidad tremenda, vivamente sentida por el Apostol San Pablo cuando decía á los fieles de Corinto: *in timore et tremore multo fui apud vos*: "estuve entre vosotros con mucho temor y en continuo sobresalto."

Cuando yo os veo, Illmo. Señor, en ocasiones solemnes como la presente, revestido de los ornamentos pontificales, que simbolizan las virtudes y poderes sobrenaturales que recibisteis de lo alto, fija en el cielo la mirada y la mano levantada sobre la asamblea de los fieles para bendecirla en nombre de Dios omnipotente; ó cuando, en medio de la pompa y de las ceremonias del culto, os volveis al pueblo para darle la paz que viene de Dios, mi frente humillada se inclina hasta el polvo, y mi corazón se siente penetrado de la majestad divina que res-

plandece en el caracter sagrado de que estais investido. Pero cuando os contemplo con el cayado del Pastor, quebrantada la salud y en medio de privaciones y fatigas, visitar las más humildes y lejanas aldeas de la Arquidiócesis, en busca de almas á quienes evangelizar; ó cuando, en el secreto de vuestro gabinete, recibís las confidencias, á veces terribles, de la multitud de los pobres y afligidos que incesantemente os rodean en demanda de consuelo, en lo íntimo de mi alma bendigo á Dios, porque ha querido juntar á la majestad del poder más grande que existe sobre la tierra, los oficios de la más tierna y solícita caridad.

Porque no es el Obispo solamente el hombre de Dios, encargado de dar, á quien le pide, de la abundancia de los dones celestiales; es también el hombre de la tierra encargado de llevar almas á Dios por los caminos de la persuasión y de la paciencia. Como hombre de Dios, es el dispensador de bienes que gratuitamente recibió; como hombre de la tierra, debe además darse á sí mismo para sentir dentro de sí, como si fueran propias, las dolencias y necesidades de las almas encomendadas á su solícitud paternal; como hombre de la tierra, es necesario que descienda y se humille por la caridad hasta ponerse al servicio de su rebaño. Porque no es semejante el gobierno de la Iglesia al gobierno de las sociedades humanas: los reyes de las naciones las tratan con imperio y se hacen obedecer por la fuerza: "no habeis de ser así vosotros, decía Nuestro Señor Jesucristo, antes bien, el mayor entre vosotros, pórtese como el menor: y el que tiene la precedencia como sirviente de los demás."

A la edad en que los hombres, según las leyes ordinarias de la naturaleza, sienten con mayor imperio la necesidad del descanso, después de haber consumido lo mejor de la juventud en el penoso ministerio de las parroquias, de la predicación ó de la enseñanza; cuando la salud se debilita y comienza la declinación ineludible de la vida, la voz del Señor, por boca de Pedro, llama al escogido para el episcopado, y le dice como en otro tiempo á Abramam: "Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre y ven á la tierra que te mostraré." (*Génesis, cap. XII, v. 1*). "Hé aquí que te doy autoridad sobre las naciones y sobre los reinos para que destruyas y arranques, para edificar y plantar, *ut evellas et destruas, etc.*" (*Jeremias, cap. I, v. 10*). Y el escogido, obediente á la voz del Señor, lo deja todo para consagrarse á los deberes de su ministerio en

regiones lejanas, á veces inhospitalarias y hostiles. Desde que el óleo santo ha ungido su frente, ya no se pertenece á sí mismo, se debe todo al bien de la Iglesia, con quien se ha desposado con vínculo indisoluble.

Diariamente, desde su gabinete de despacho, pasa el Obispo en revista su mirada sobre las diferentes parroquias de su Diócesis; el clamor de la viuda y del huérfano, las angustias del pobre y del affligido, las torturas de la conciencia atribulada, los conflictos que suscita la malevolencia de los hombres hostiles á la Iglesia, la fe que se entibia ó se pierde en una parte y el celo indiscreto que la desacredita ó compromete en la otra, los pecados y los escándalos públicos, las caídas vergonzosas de unos y las defecciones y discordias de los otros; todo este cúmulo de males, acude diariamente á la mesa del Prelado como á su centro natural, pidiendo con urgencia algún remedio ó consuelo. Y el Obispo ha de proveer á tantas necesidades, sin contar las más veces con recurso humano para remediarlas.

Y luego, los obstáculos que, aun en el orden mismo del bien suscitan las pasiones humanas; no digo ya las pasiones perversas ó mal encaminadas por fines siniestros, sino aquellas otras que se inspiran en la nobleza de los fines y se guían por la rectitud de intención. El respeto de sí mismo, las susceptibilidades de una conciencia delicada, el celo por los progresos de la piedad y hasta las efusiones mismas de la caridad: todas estas nobles pasiones suelen ser ocasión de litigios y desavenencias aun entre los hombres mejor asentados en la virtud; porque cada cual ve el asunto bajo determinado punto de vista, y su resistencia á ceder es tanto mayor y más respetable, cuanto es más excelente el fin que se propone y más pura la intención que le anima. Y el Obispo ha de resolver con tan acertada prudencia, que concilie las exigencias de la justicia, siempre inclinada al rigor, con la dulzura y suavidad de la caridad, siempre inclinada á la compasión y al perdón; su fallo ha de ser tal, que dejando á salvo los fueros de la justicia, de que nunca puede prescindir, no entibie el fervor de aquellos que de buena fe se equivocaron, ni sea ocasión de soberbia para los otros que felizmente acertaron. *Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me.*

Al Obispo acuden también los que necesitan consejo para guiarse en situaciones difíciles, los que piden ayuda para salvar la honra ó quizá la misma vida, los que son víctima de

la injusticia y de las prevenciones apasionadas de sus inmediatos superiores. El Obispo es además el alma de todas las asociaciones piadosas y de caridad que existen en su Diócesis: á su cargo está la educación de la juventud y de la niñez desvalida, el cuidado de las vírgenes consagradas á Dios, la formación del clero en la ciencia y en la virtud; á él corresponde de preferencia la iniciativa de toda obra que redunde en gloria de Dios y bien de sus diocesanos, y su solicitud ha de ser tal, que en todas partes se sienta su presencia, aunque no se le vea personalmente en ninguna.

Y en medio de tan múltiples y graves atenciones, el Obispo ha de ser siempre el primer dispensador de la palabra divina; el Apóstol que lleve la luz del Evangelio á las más apartadas regiones de su Diócesis; el mensajero celestial que brinde á los pueblos divididos por la discordia, con la paz que viene de lo alto; el Padre, en fin, que espera contra toda esperanza la vuelta de sus hijos, y diariamente inspecciona todos los caminos por si acaso les ve de lejos para salir á su encuentro. Y si bien cuenta con oficiales y cooperadores que le ayuden en el desempeño de tantos ministerios, ninguno de ellos, como él, reporta el peso de la responsabilidad.

Todo esto es el Obispo, ya sea que gobierne desde el fondo de su gabinete, ya sea que recorra su Diócesis durante las visitas pastorales; y para que nada faltase á la corona de espinas que ciñe su frente, para hacer más perfecto el parecido con el divino Modelo que dirige sus pasos, los modernos fariseos y los escribas de nuestro tiempo, envidiosos del amor del pueblo á su legítimo pastor, siempre dispuestos al escándalo, están en constante asecho de sus menores movimientos para desprestigiar su misión, calumniar sus intenciones y hacerle desaparecer si fuera posible.

Pero no: en Dios misericordioso esperamos, Ilmos. Señores, para bien de los mismos que os aborrecen y maldicen, que nunca realizarán sus intentos, y que la obediencia y el amor de los pueblos á sus legítimos pastores, irán creciendo á medida que mejor conozcan los títulos en que aquellos homenajes se fundan. Obediencia á la potestad suprema que tiene en su mano la llave del reino de los cielos; obediencia á aquel que por singular manera representa á Cristo y perpetúa su misión de paz sobre la tierra; obediencia sin límites al que es entre nosotros centro de unidad y fuente de la verdadera vida. Amor y gratitud, sin límites también, al Pontífice compasivo que descien-

de hasta nosotros para mejor sentir nuestras debilidades y miserias; que vela incesantemente por nuestro bien y no perdona sacrificio para dar consuelo á los que sufren, fortaleza á los que vacilan, luz y acierto á los que se extravían.

Tales son, Illmo. Señor, los sentimientos de vuestros hijos en este día, para siempre memorable en la historia de vuestro Pontificado. Veinticinco años de perfecta consagración á nuestro servicio, obligan nuestra gratitud con tan inmensa deuda, que en vano quisiéramos pagarla en justicia, puesto que ni siquiera alcanzamos á conocer su extensión. Sólo Dios sabe en estos momentos lo que os debemos; sólo Él podrá pagarnos en justicia. Mejor que nosotros, lo sabeis vos, Illmo Señor, y este es sin duda el mayor consuelo de vuestro corazón; á Jesucristo habeis servido en su Iglesia y en la persona de los pobres, de los huérfanos y de los afligidos; nada importa la indignidad, la ingratitude ó la insolencia de aquellos cuyos pies ungiésteis con el óleo de la caridad, Jesucristo es el deudor y él dará á su tiempo la paga merecida: *Euge, serve bone et fidelis...* Mientras tenéis la dicha de escuchar de los divinos labios de Cristo estas palabras de soberano aplauso, reservadas para los fieles servidores, permitid que nosotros, de lo más íntimo del alma, elevemos á Dios nuestros votos para que prolongue vuestros días con aumento de merecimientos para vos, y mayor bien de esta Iglesia de Michoacán, hábitada de largo tiempo ya, á recibir de vuestra manola abundancia de los dones celestiales.



SONETOS

Del Sr. Pbro. D. Félix. M. Martínez.

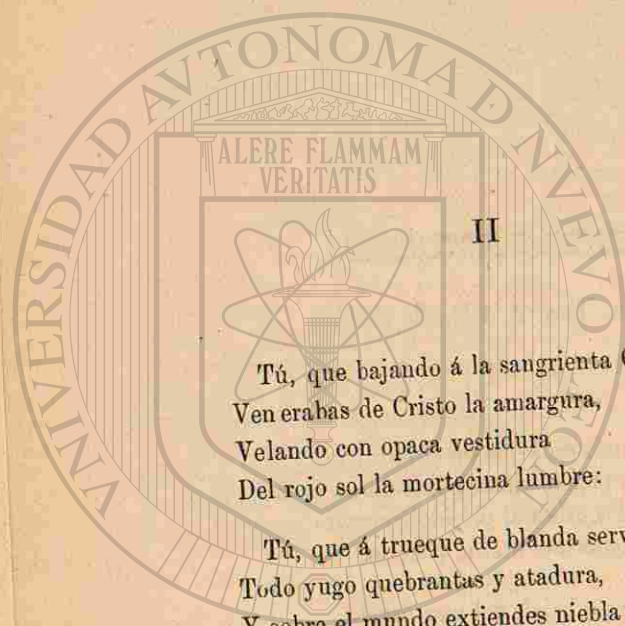
I

SONOROS ecos que en el eter frío,
Con blando ritmo y armonioso acento,
De los orbes al plácido concento
Pregonáis el eterno poderío:

Que si al seno bajáis del mar bravo,
Sois un terrible, atronador lamento,
O el ledo y grácil susurrar del viento
Si las frondas besáis del bosque umbrío:

Haced que el labio vuestra voz posea,
Y calle el frívolo ulular siniestro
Hoy que la lumbre del amor flamea!

A mi auxilio acorred; templad el estro
Con insólito ardor; y el canto sea
Siquier lejana vibración del vuestro!



Tú, que bajando á la sangrienta Cumbre
Ven erabas de Cristo la amargura,
Velando con opaca vestidura
Del rojo sol la mortecina lumbre:

Tú, que á trueque de blanda servidumbre
Todo yugo quebrantas y atadura,
Y sobre el mundo extiendes niebla oscura
Para que el sol del infinito alumbre:

¡Ángel del sacrificio! Al labio envía
Tu acento arrobador; presto descende
Como fuego divino al alma mía!

Dame la luz que tu mirar enciende
Y que del justo los senderos guía
Cuando al calvario de la vida asciende!

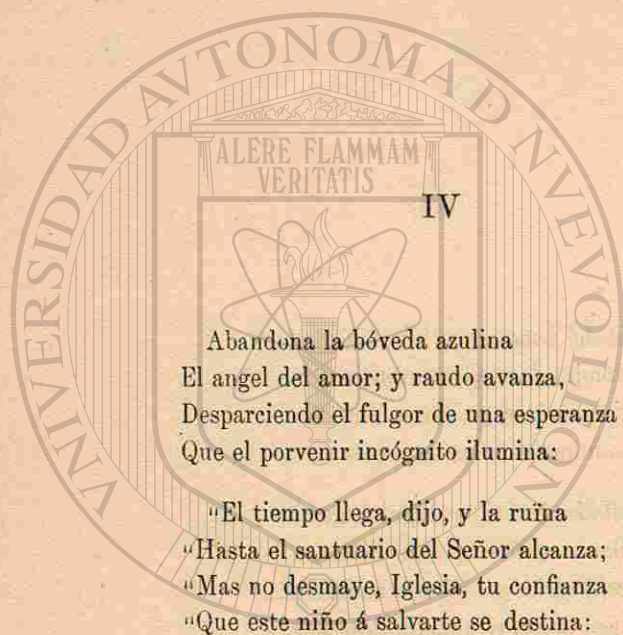
III

Surgió del hondo lago adormecido,
Entre blondas de niebla purpurina,
Como niveo fulgor, pálida ondina
Que así entonaba su cantar sentido:

“No al aire entregues lúgubre gemido
“Ni el llanto anuble tu color divina:
“¿No ves, Patria, que el eter se ilumina
“Con fuego de otros mundos descendido?

“Ciñe el airoso tul; la mustia frente
“Levanta, y en la próspera ladera
“Un terruño verás cabe el torrente:

“El que gozando allí la luz primera
“Regocija el hogar, niño inocente,
“Será la gloria que tu afán espera!”



Abandona la bóveda azulina
El angel del amor; y raudo avanza,
Desparciendo el fulgor de una esperanza
Que el porvenir incógnito ilumina:

"El tiempo llega, dijo, y la ruina
"Hasta el santuario del Señor alcanza;
"Mas no desmaye, Iglesia, tu confianza
"Que este niño á salvarte se destina:

"Cual nuevo Pablo, empuñará el cayado
"Teniendo todo como vana escoria,
"Para extender el reino del Amado;

"Alcanzará perínclita victoria,
"Humilde, como Ignacio, y denodado,
"Por Jesucristo sólo y por su gloria!"

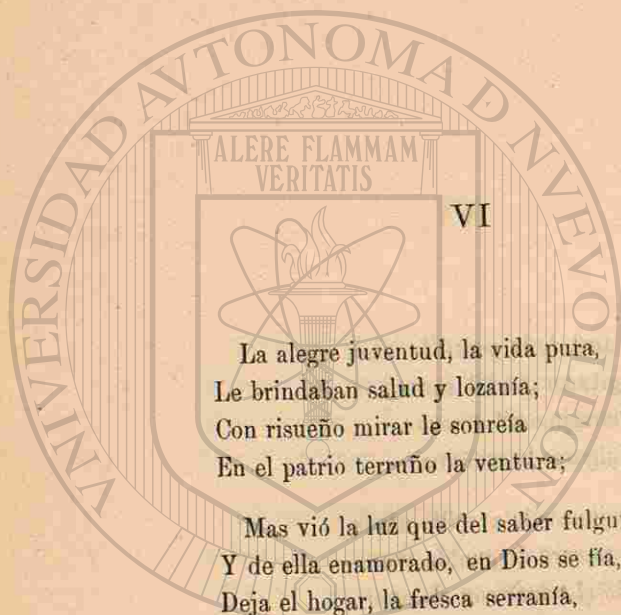
V

Al labio azul de la gentil fontana
Que leda agita su raudal sonoro,
Derramó Flora juvenil tesoro
Y nítidos fulgores la mañana;

Entre los juncos la avecilla ufana
Su clámide mostró de gualda y oro,
Hermanando el trinar con el canoro
Gemir del viento entre la mies cercana;

Mas rehusó el cefirillo la dulzura
De aquel ameno y perfumado ambiente
Y los favores de la linfa pura:

A tus plantas llegóse reverente,
Te ofreció sus aromas y frescura,
Y de besos cubrió tu limpia frente.



La alegre juventud, la vida pura,
Le brindaban salud y lozanía;
Con risueño mirar le sonreía
En el patrio terruño la ventura;

Mas vió la luz que del saber fulgura,
Y de ella enamorado, en Dios se fía,
Deja el hogar, la fresca serranía,
Y á la lid de la ciencia se apresura.

Emporio del saber entonces era
Aqueste Seminario; y sus blazones
Celebraba la fama pregonera.

A las puertas llamó; y los corazones
Le entregaron con dicha verdadera
El ádito al mostrar, claros varones!

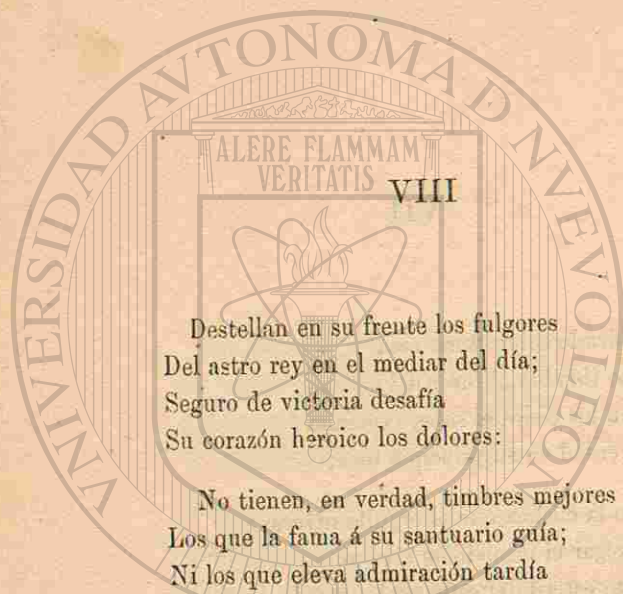
VII

Edificado sobre firme roca
Que no tiembla al furor del océano;
Llega á los cielos el saber cristiano
Y la verdad en su principio toca;

Pero la ciencia que el orgullo invoca
Para negar el insondable arcano,
Es fruto esteril del esfuerzo humano
O sueño informe de la mente loca:

Él lo sabe; por eso, cauteloso,
De la impiedad rehuye los eriales;
Sólo de la virtud es ambicioso;

Y al pisar de las aulas los umbrales,
De su haber se desprende y su reposo
Tan sólo por curar agenos males!



Destellan en su frente los fulgores
Del astro rey en el mediar del día;
Seguro de victoria desafia
Su corazón heroico los dolores:

No tienen, en verdad, timbres mejores
Los que la fama á su santuario guía;
Ni los que eleva admiración tardía
Al fragil pedestal de los honores;

Pero se oculta tímido y confiesa
Que sólo trocará el humilde estado
Si de Dios oye la palabra expresa:

Y habló Dios desde el místico collado
Do el Pontífice mora: y él ingresa
De esta Diócesis al fuclito Senado!

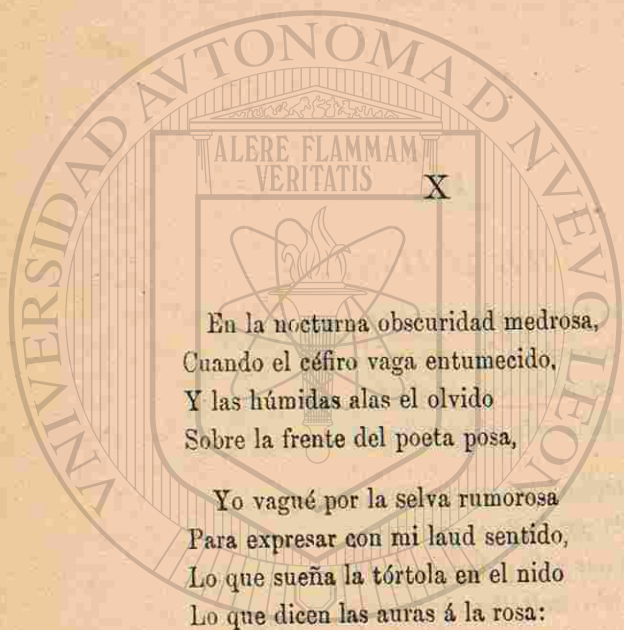
IX

Ruge la tempestad; sañudo noto
La furia acrece de la mar traidora;
Vacila y treme la sonante prora
Desgarrada la vela, el mastil roto.

¿Se estrellará contra el peñón ignoto
Conducida por Circe engañadora,
Mientras que solo y desterrado llora
Bajo el cielo de Itálica el Piloto?

Ah!... Fugad el temor; que en el supremo
Bregar, el faro de los cielos brilla
Y esforzado Varón abraza el remo:

Él sabrá sostener la fragil quilla,
Y atrás dejando peligroso extremo,
Llegar felice á la risueña orilla!



En la nocturna obscuridad medrosa,
Cuando el céfiro vaga entumecido,
Y las húmidas alas el olvido
Sobre la frente del poeta posa,

Yo vagué por la selva rumorosa
Para expresar con mi laud sentido,
Lo que sueña la tórtola en el nido
Lo que dicen las auras á la rosa:

Y no hallé, Padre, enamorado acento,
Ni susurro, ni flebil melodía,
Que moludasen el afán que siento:

Dejé por eso la enramada umbría,
Pero en rústica trova te presento
El humilde cantar del alma mía!

NARRACION.

POR EL SR. PBRO. D. FRANCISCO BANEAS GALVÁN.

Allá donde sus rayos fecundantes
Lanza el oblicuo sol; donde el ambiente
Impregnado de fuego centellea;
Donde apacibles las torcaces gimen
Y el tigre ruje en la escarpada roca;
Donde nace el amor que da la vida
Y la pasión voraz dentro del alma:
Hay un valle tranquilo que circundan
Crespados bosques de copadas ceibas
Y picachos y rocas y montañas.
El torrente que tímido y bravo,
Va de la peña por abrupto flanco,
Arrastra allí refrigerantes ondas
Frescura derramando y lozanía.
Ni un ruido ni un rumor turban la calma
De aquel prado risueño y solitario:
No se escucha el balido de la oveja
Ni el mugir de la res, ni el sonoro

Del rabadán enamorado acento.
Todo es silencio y soledad! Oculta
Una cabaña entre el ramaje obscuro
Descubre apenas su pajizo techo.

Allí feliz con su familia vive
De la cercana sierra el guardamonte;
Es su mujer apuesta y hacendosa
Y un hijuelo le ha dado en quien se mira
Muy satisfecho el venturoso padre;
Completan la familia una doncella
Hermana de la esposa, y un anciano
Que es padre de las dos.

Siempre viviendo

Feliz en la lejana serranía,
Pasó su juventud tranquila y breve
Buscando á Dios desde la edad temprana.
Y Dios le apareció. Y en la medrosa
Y clara luz de la silente luna,
En la lumbre del sol, en el sonoro
Susurrar de los vientos y en la leda
Canción del pajarillo á Dios veía.
Le contemplaba al germinar el grano;
En la lluvia fecunda, en el rocío.....
Era para él el Padre bondadoso
Que viste al lirio de su rica pompa
A las aves, de espléndido plumaje
Y de vellón al tierno corderillo.
Todo á sus ojos esperaba ansioso
Que Dios su mano abriera y derramara
De amor y vida lluvia bienhechora;
Nunca tembló su fé: cuando vinieron
Las negras horas que la vida lleva;
Cuando el dolor inexorable su alma
Vino á inundar en piélago infinito;
Cuando la muerte arrebató á su esposa,
Y solo y pobre y con sus tiernas hijas,
Miró en torno de sí sin que encontrara
Dulce consuelo á su terrible pena,
A Dios su padre los cansados ojos
Fervoroso volvió. Con valerosa
Y firme planta la terrible senda
Preparóse á seguir. ¡Oh quien podría

Sus lágrimas contar cuando sus miembros
Ató la enfermedad! De la amargura
Su alma agotó la rebosante copa,
Sin que dudara el labio vacilante,
Sin que el cobarde corazón temblara!
Al fin brilló la luz: Dios bondadoso
Prestóle apoyo en sus cansados días:
De nuevo amor la llama fulgurante
Brilló en su hogar; á su caliente lumbre,
El anciano encontró la deseada
Consoladora paz.

¡Cuán dulcemente

De entonces pasan sus tranquilas horas!
Ya no le enturbian del dolor las lides
Ni del ignoto porvenir las ansias;
Sus ojos brillan con el tibio rayo
Del sol que se sepulta en occidente;
En su sereno corazón se alberga
Del puro y limpio amor, el casto fuego,
Y en su rostro apacible se trasluce
El fulgor celestial de la esperanza!
¡Es el soldado que alcanzó victoria
Y del hogar el humo ya divisa!
¡Es el proscrito que la patria ausente
Alzarse vé tras la cercana bruma!

II.

Era en Septiembre, el venturoso día
En que la Madre de Jesús naciera:
El cielo limpio, el aire trasparente
Manso el sol, y la tierra revestida
De lirio azul y pudibundas violas
Con júbilo á su Reina celebraban.
Cabe del labio de azulado arroyo
Y bajo el manto de la enhiesta palma,
En la menuda yerba reclinados
Conversaban el niño y el abuelo.
¡Un niño y un anciano! Del oriente
La limpia nube y la purpurea lumbre
En la frente del niño se retratan;

Brilla la luz del moribundo día
Del anciano en la frente candorosa;
Mas cual tienen la aurora y el ocaso
Tintas iguales de ópalo y zafiros,
Así en la frente que á vivir empieza
Y en la que llega al término del viaje
Iguales resplandores se traslucen:
La eterna luz de cuyo seno acaba
El niño de salir aun lo ilumina;
La eterna luz á cuya linda toca
Ya la cabeza alumbra del anciano!
El viento trajo el reténir sonoro
De las campanas de la humilde Iglesia;
—Alzando están á Dios, dijo el anciano,
Por nuestro Obispo la Hostia inmaculada,
Por él pidamos, hijo; y de rodillas
El anciano y el niño se pusieron—
—Al Obispo conoces, abuelito?
El niño preguntó cuando cesaron
De tocar las campanas

—Le conozco;

De sus ovejas el amor le trajo
A este retiro; el valle y la montaña
No detuvieron su ardoroso celo;
No se rindió al calor ni á la fatiga,
Y abrumado de pena y moribundo,
Le ví pasar las empinadas rocas
Para llegar aquí. ¡Mas cuántas veces
Fué su palacio el macilento techo
Del aduar de los pobres! ¡Cuántas otras
Ni pan halló, ni abrigo, y las torcaces
Fueron su mesa, y el ramaje umbrío
Del bosque fué su miserable tienda!
—¿Y qué hasta aquí llegó?

—Ya te lo dije.

Nunca me olvidaré de aquese día!
Las campanas alegres volteando
Su llegada anunciaban; por las calles
De trébol y mastranto tapizadas
Y vestidas de hermosas colgaduras,
En medio de apiñada muchedumbre,
El Obispo avanzaba sonriente,

A todos derramando bendiciones.
¡Qué excelsa magestad en su semblante!
¡Qué noble y magestuosa su mirada!
—¿Y á qué tan lejos vino?

—¿Quién podría

Sus hijos olvidar? —¿Qué es nuestro padre?
—Sí, él es el padre que engendró nuestra alma
En el dolor inmenso con que gime
Rogando á Dios que pródigo derrame
De su gracia la vida... .. Tú no entiendes;
Pero es tu padre cuyo amor daría
Su propia vida en cambio de la tuya.
—¿Es el Obispo Dios, responde, abuelo?
—Dios? No, no es Dios; pero en su frente brilla
El fulgor celestial de lo divino.
Habla, y su voz en ritmo misterioso
El corazón derrite de dulzura.
—¿Qué tú le oíste hablar?

—Tuve esa dicha!

—Cuéntame como estuvo

—Era una tarde:

Copiosa multitud le rodeaba;
Pobres y ricos, hombres y mujeres
Hasta él llegaban; todos, sus pesares
Uno por uno le iban refriendo.
El escuchaba con atento oído
Los secretos dolores, las desdichas:
Miraba las heridas que en las almas
Abierto hubo el pecado, y bondadoso
Consuelos derramaba y bendiciones.
No bien me vió, cuando con suave mano
Me hizo llegar hasta él. ¡Cuán dulcemente.
Puso en mi cuello su amoroso brazo,
—¿Y tú quién eres, hijo, me decía.
—Tengo en el bosque oculta mi vivienda
¡Oh padre! respondí

—¿Familia tienes?

—Dos doncellas el Señor me ha dado
Y nadie más. Para que siempre pasen
Sin ofensa de Dios la triste vida,
Al ciervo cazo, y ellas los despojos
Van á vender en el cercano pueblo,

Y así vivimos ¡oh Señor! felices.
—¿Cazas venados? preguntó el Obispo
Con gracioso ademán.

—Yo no podría
Humilde contesté, si Dios mi padre
No viniera en mi auxilio

—Pero, ¿cómo
Puedes correr tras la lijera pieza
Si hasta aquí te han traído y con trabajo
Te sostienes en pie?—¿Pero cazabas?
El nietezuelo preguntó espantado
—¿Mentirle yo al Obispo? ¡Dios me cuide!
El viejo contestó.—Mas ¿cómo, abuelo,
Si no puedes correr?—¿Cuánta ternura
Usó conmigo Dios! El los venados
A la puerta ponía de mi choza
—¿Y qué no se iban?—No, porque quien puede
Los mares detener, los detenía!
—¿Y qué dijo el Obispo?—En mí sus ojos
Penetrantes clavó.—Mas, ¿dime anciano,
Me preguntó afanoso, ha mucho tiempo
Que á tu alcance la res viene á ponerse?
—En diez años, Señor, ni un solo día
Ha llegado á faltar, te lo aseguro.
—Y ¿qué haces tú para que Dios te mande
La presa que matar?—A Dios levanto
Humilde mi oración por la mañana.
Quedóse un rato serio y pensativo,
Y dijo con acento de ternura
—¿Has ofendido á Dios?..... Vamos no temas
Tu padre soy, tu padre que te quiere
Con un amor que el mundo no conoce,
Porque vino de Dios.—Llegó hasta mi alma
De este reclamo el conmovido acento
Brotó á mis ojos un raudal de llanto
Y no le respondí, ¡porque no pude!
Su voz se hizo más blanda,—Y qué te aqueja
A decirme volvió, dime tus culpas
Que si afrentosas son, hay en mi pecho
Un abismo de amor para curarlas.....
—Un perro hambriento, al fin pude decirle,
Robóse un día la adobada carne,

Sentí en el pecho vengador enojo
Y al perro castigué con saña dura
Esta es mi culpa, ¡Oh Padre, perdonadla!
—¿Quién habrá como tú que contar pueda
Prodigio sin igual? ¡Nunca lo olvides!
El Obispo exclamó. Pues sobre tu alma
Dios derramó sus exquisitos dones,
Nunca te olvides de Él; ámale mucho,
Sollozando á mi oído repetía,
Sigue confiando en Él; de tus dolores
Ofrécele sereno, el holocausto
Y espera sin temor....! No son eternas
Del amargo penar las tristes horas!
La mano alzó después y me bendijo.
Lloraba yo de gozo.....

Oh si pudiera
Volverlo á ver! Si oyera su palabra....
Mas ya la muerte mis pesados días
Siento que acorta. Nunca más sus ojos
En mí se posarán. Nunca en su boca
Mi nombre escucharé!....

Calló el anciano
Al cielo alzó su rostro, y de sus ojos
Silenciosas las lágrimas cayeron.



®

004843



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

00